

Blas de Otero en Ancia

Del tú al nosotros, pasando por el yo

por M.^a Victoria Reyzabal

En *Ancia* (1), el gran clamor del poeta se centra en manifestar su desgarrado deseo de ser Dios. Esta afirmación tan heterodoxa en Occidente, que podría conducir a cualquier persona al manicomio, no se percibe de la misma manera en Oriente, ya que la mayoría de sus teorías religioso-filosóficas entienden que ésa es la única meta válida y esencial a la que debe aspirar el ser humano (así lo comprendió Buda como único camino para evitar el dolor de la muerte, en medio de los tormentos de la vida) desde su “hambre inmortal”.

“¡Ah, / si se pudiese nacer / mil veces, / igual / que nos mueren / a traición!...”

Blas de Otero no se sintió capaz de verbalizar de esta forma tal deseo o no necesitó hacerlo, pero la mayor parte de los versos de esta obra recogen su sentir, si bien expresado, en general, mediante proclamas negativas pero que afirman la misma idea: “gritando no morir” a “contramuerte”; o reclamando con mil matices la urgencia de seguir viviendo. A los seres humanos, con una mente propensa a proyectarse hacia el pasado y el futuro, con anhelo de saber y permanecer, nos resulta difícil concebir la idea del fin, de nuestro acabamiento en la nada; nos limita cualquier placer el comprobar que éste no es para siempre, por eso exigimos con furia o con resignación, con escepticismo o con fe, con pasión o serenidad la inmortalidad, la eternidad, unos creyendo en existencias celestiales, otros en supervivencias genéticas, muchos confiando solamente en prolongar al máximo los años o los gozos terrenales y la mayoría mezclando, según los estados de ánimo, todos estos ingredientes como quien se toma un cóctel, un cáliz diría Blas, de calmantes vitaminados, a pesar de ser conscientes de nuestra inmunodeficiencia ante la muerte: “Es que quiero quedar. Seguir siguiendo...”

Quizá ésta sea la diferencia entre los que buscan a Dios, aun sin saber que existe, y los que lo encuentran aun en el caso de que no exista. Los primeros luchan contra su propia desolación, para permanecer, sin remedio posible y los segundos imploran en éxtasis abandonar la tierra. En cualquier caso surge el insoportable abismo de la dialéctica divinidad / humanidad; ambos grupos pretenden lo mismo, asegurarse la eternidad, evitar el aniquilamiento. Sin embargo, los dos coexisten en un mundo caótico, sociológica y psicológicamente hablando, en el que la angustia y la soledad individual debe distraerse, sublimarse, anularse o, incluso, como en el caso que nos ocupa, transformarse en poesía, de igual manera que, en otro momento histórico y con diferentes matizaciones, sucediera con Jorge Manrique (el río de la vida que se pierde en el mar de la muerte) y su motivo del *ubi sunt*.



La más cruenta historia de España y Europa dio marco al “desarraigo” existencial de Blas de Otero, el cual, en *Ancia*, retrata su desesperación ante la apariencia de apariencias que es la realidad y el sueño de sueños que es la vida, ajeno a equilibrios y armonías, devastado por la lucidez de saberse nacido para la finitud y el olvido, desconsolado y furioso ante el silencio de Dios y desarmado por la crueldad humana y su sinsentido.

“Arrebatadamente te persigo.
Arrebatadamente, desgarrando
mi soledad mortal...”

(1) Título que se forma con la sílaba inicial de *Ángel fieramente humano* y la última de *Redoble de conciencia*.

*“Luchando, cuerpo a cuerpo, con la
/ muerte,
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios...”*

Sus composiciones delatan el desgarramiento bronco de quien no puede conformarse con lo dado, de quien, por momentos, escribe a puñetazos, a salivazos por lo que, algunas veces, se resiente el estilo y la estética del verso y ello, aunque varios de los sonetos aquí recogidos podrían figurar en las mejores antologías. Por otra parte, esta obra ya surge como una especie de antología del autor, pues reúne dos libros anteriores de Blas - *Ángel fieramente humano* (2) y *Redoble de conciencia*- junto con 38 poemas no incluidos en los anteriores, lo cual convierte a *Ancia* (Premio Fastenrath 1961 de la Real Academia Española) en un revoltillo bastante desconexo y lejano a la concepción de un poemario unitario, a pesar de lo que algunos críticos han sostenido.

Reiteradamente, Otero recuerda al lector su intento de llegar “a la inmensa mayoría”, pues es cierto que el poeta en su dolerse se hermana con el sufrimiento de los otros: “a todos van, derechos,/ estos poemas hechos carne...”. La muerte, la vida, Dios y su abandono, el amor, la soledad sintetizan motivos retomados constantemente por el poeta que los verbaliza con imágenes también repetidas: el mar, la tierra, el viento, la carne, las piedras, el ángel, el río, el árbol, el rayo, la luz, la oscuridad, la sangre, las ruinas de “Unos hombres sin más destino que/ apuntalar las ruinas...”

Blas sufría un profundo desarraigo, pero éste no se daba sólo en relación con España o Europa, sino con su propia condición de humano, nacido para morir, que, en determinados momentos, se vivencia como parido para la nada, “nonato” simplemente para llegar a tener la constancia de esa terrible provisionalidad, precariedad, fugacidad, fragilidad. Y aquí, lo trágico consiste no en sentirse débil, transitorio, pasajero, sino en ser lúcido con respecto a esa realidad y, sin embargo, concebir la idea de la inmortalidad. Ni el amor, ni el saber, ni los placeres sensuales consuelan al poeta, pues hacerlos válidos implica un enorme esfuerzo que sólo se aprovecha durante breves instantes.



Blas de Otero con José A. Goytisolo (Reus, década de los 60)

*“Cada beso que doy, como un zarpazo
en el vacío, es carne olfateada
de Dios, hambre de Dios, sed abrasada
en la trenzada hoguera de un abrazo.”*

En realidad, Blas de Otero en este aspecto era un alma barroca, desesperada, buceadora, incapaz de un autoengaño complaciente, como también lo fue Quevedo, pues manifiesta la tensión entre lo natural y lo sobrenatural, el apego y la repulsa del mundo, el vértigo ante la fugacidad de la vida, la visión de la realidad como si de una gran obra de teatro se tratara, el sentido del desequilibrio entre la sensualidad exultante y la austera espiritualidad, y una concepción de la existencia como algo inaprensible; era existencialista por su angustia, desesperanza y desasosiego, y testimonial fue por su historicidad, realismo, tono épico, planteamientos solidarios y atención al contenido antes que a la forma, por lo que se acerca a cierto coloquialismo.

La figura del ángel, a la vez, humano y sobrenatural, próximo y distante, “ese ángel fieramente humano”, que le lleva a desear “cambiarse por un ángel de los de antes de la tierra”, rechazar lo feo “como si fuese un ángel de pantalones cortos”, expulsado por la guerra “que destierra los ángeles mejores”, remite a un ser ideal y proyecta un autorretrato del yo poético. Este ángel es un ser intermedio

entre Dios y sus criaturas, en algunos casos arquetipo ansiado por Otero, pero nunca totalmente liberado de ciertos condicionantes humanos, en definitiva “¡Ángel con grandes alas de cadenas!”, “ángel caído en un patio entre algodones”, “ángel que bajó a ser olmo”. Su ser alado no parece hacerle triunfar sobre las raíces terrestres, quizá por eso en los poemas de *Ancia* casi no aparecen aves o pájaros, (concentrando el ansia de volar, salvo en contadas ocasiones, como cuando se refiere a “un pájaro divino” ascenso que se anula rápidamente al confirmar que el hombre “nunca logra ascender” o en la imagen equivalente de “Caí, caí, como un avión de guerra”), pero sí concurren peces ya que Blas prefiere, en este caso, las aguas, el mar, las olas, el río, la corriente, la humedad... su reclamo es más de profundidad, de hondura que de altura, y ello a pesar de buscar tanto a Dios, lo cual daría mucho juego a un estudio basado en las coordenadas propuestas por Bachelard.

Otero busca a Dios para que le permita seguir viviendo, no pretende paraísos, ni, quizá como tanto se ha insistido, consuelo, sino existencia definitiva: “¡Quiero vivir, vivir, vivir!”, “Salva, ¡oh Yavé!, mi muerte de la muerte”, “Pediría vivir, si me viniesen/ con cielos, pervivir, en carne viva y/ en cal hirviente, en pie,

(2) Título tomado de un soneto de Góngora.

colección poesía

Jesús López Pacheco

ECOLOGAS
Y URBANAS

Cristina Peri Rossi

INMOVILIDAD
DE LOS BARCOS

Jordi Royo

LA UTILIDAD
DE LA MUERTE

Hélène Dorion

SIN BORDE SIN
FINAL DE MUNDO

Erik Lindegren

EL HOMBRE
SIN CAMINO

Nikolai Kantchev

EN EL BOSQUE
HAY ALGUIEN

BASARAI
POESIA

patas arribas,/ pero vivir, seguir, aunque se hundiesen/ cielos y mar... Es más que en cielos, es en/ la tierra, aquí, con cal y huesos...". No quiere abandonar el cuerpo y que su espíritu vuele al cielo, quiere durar para siempre, pero aquí, en la tierra. Por eso, a diferencia de lo que sostiene Dámaso cuando dice que "el vacío en el hombre es sólo un ansia de Dios", el Creador es, para Blas, el demiurgo responsable de no haber hecho la condición humana de otra manera, de haber procreado mortales y no inmortales ("Pero sé que se muere si se nace,/ y se nace, ¿por qué?, ¿por quién que quiso?"), ya que ese vacío proviene de la insoportable relación de ser consciente y mortal, no sólo peregrino en este mundo sino peregrino de uno mismo, de la propia autoconciencia de identidad exaltada en su *Cántico Espiritual*: "Nada soy si no soy el que soy...", pues ya en la misma composición preanuncia la desazón de *Ancia*, aunque el Señor de este libro es un padre protector: "Escúchame, Yavé, deslágame./ Apenas puedo sostenerme en alma...".

Dios surge como el antagonista frío e insondable, lejano y silente, meta de los reclamos humanos, espejo de su contingencia y su desnudez. En este sentido, la lucha de Otero es prometeica y agrega un eslabón más al entrecruzamiento dinámico de razón y fe en Occidente, cadena a la que hicieron sus aportaciones Nietzsche y Marx, Whitman y César Vallejo... y que pondrá en Blas, más tarde, palabras como: "... al fin he comprendido que aprovecha más salvar al mundo que ganar mi alma" (*En castellano*) y decir en *Ancia*: "Definitivamente, cantaré para el hombre/.../ No sigáis siendo bestias disfrazadas/ de ansia de Dios. Con ser hombres os basta". Pero para cerrar este calvario, antes deberá pasar por caminos pedregosos, noches especialmente oscuras y casi blasfemas comprobaciones: "Si eres Dios, yo soy tan mío/ como tú. Y a soberbio yo te gano".

En esta obra, la relación con Dios más parece la propia de un antihéroe que la de un creyente dócil y resignado, inmerso en un mundo absurdo e incomprensible, laberíntico. La mayor parte de sus versos se manifiestan como antítesis

de los discursos de la tradición católica al uso, con lo que el lector que posee esa cultura no puede fácilmente enmarcar este texto en sus propios contextos literarios o doctrinales y queda sorprendido por el atrevimiento del poeta y el reconocimiento expreso de su *hybris*, a la vez que identificado y afectado trágicamente, pues Blas también expresa aquí su especial y dramático anti "carpe diem", con el que registra la batalla agónica que entabla con su Señor.

En este sentido, podría leerse *Ancia* como una especie de anti-*Cántico Espiritual* (tanto del de Otero como del de San Juan), pues enfrenta ansiedad y serenidad, anhelo de recibir(se) y de dar(se), demanda y entrega, desarraigo y abandono, pasión desquiciada y pasión equilibrada, rebelión y aceptación, guerra y paz en definitiva. El dulce Amado de San Juan, deviene aquí cruel, incomprensible, injusto, "poco humano", silente... casi enemigo; la armonía de Fray Luis duele ahora rota en vidrios interiores que le conducen a confesar: "tengo miedo de Dios, de los hombres me escondo".

En *Ancia* se registra la duda de la existencia divina, la comprobación de su inaccesibilidad, la constatación de que la humanidad está sola y debe construir por sí misma su historia. De ahí que la desolación que siente el poeta represente todo el desamparo del mundo tan evidente en la guerra europea. Blas, desde su impotencia, se rebela no sólo contra la muerte, sino también contra el sufrimiento que no entiende y por ello no puede asumir. De esta desrazón surge su:

*"De golpe, han muerto veintitrés
/ millones
de cuerpos..."*

y

*"Déjame. ¡Si pudiese yo matarte,
como haces tú...!"*

A estas alturas, Blas sólo se mantiene unido a Dios por su rebeldía, por su necesidad de que exista alguien o algo ante quien lamentarse... y ello continuará hasta que se plantee que el dolor reside en cada persona y es imposible sustraerle a él, momento en que dará un giro so-

lidario, no menos apasionado, hacia la realidad histórica de hombres y mujeres, sus camaradas, y quedará atrás la obsesión existencial e individual de inmortalidad para asumir la bandera social, desaparecerá la exigencia de eternidad para entablar la lucha por la temporalidad, como revela en uno de sus poemas: “Antes fui -dicen- ‘existencialista’./ Digo que soy coexistencialista” (*En castellano*).

En la obra que nos ocupa, se aprecia un constante vaivén entre la duda y la creencia, entre la desesperanza y la esperanza, la cima y la sima, la soledad o el abandono y la pertenencia. Su poesía implica una lucha, soliloquio o diálogo contra sí mismo o contra su Dios; esta batalla teocéntrica se transformará en tarea antropocéntrica luego. Aquí grito desgarrado, más tarde proclama dialéctica, pero incluso ahora hermanamiento colectivo: “definitivamente cantaré para el hombre...”. Del Dios liberador, amante, ha pasado al Dios silencio y llegará al Dios alienación; por eso, *En castellano* afirmará con ecos de Nietzsche:

*“El ha muerto hace tiempo, antes de
/ ayer. Ya hiede...
Aquí tenéis mi voz zarpando hacia el
/ futuro”*

Entre esos vaivenes, ya aparecen expuestas en *Ancia* cuestiones como las siguientes, en las que la fragilidad humana surge como un rasgo más de su dignidad y de su necesidad de ensamblamiento con los otros:

*“Solo está el hombre. ¿Es esto lo que
/ os hace
gemir? Oh si supierais que es bastante.
Si supierais bastaros, ensamblaros.
Si supierais ser hombres, sólo
/ humanos.”*

Pero ¿a quién con más necesidad y urgencia que a sí mismo se dirigen estos versos de aceptación de la condición humana? Evidentemente en el “vosotros” se camufla el yo, pues Otero afirma para los demás lo que él quiere asumir para sí, pero que todavía le cuesta lograr. Sin embargo, podrá confesar más adelante en *Pido la paz y la palabra*: “Huyo del hombre que vendió su hombría/ y sueña con un Dios...”.



Blas empieza a concebir que su fe, sus exigencias a la divinidad no representan más que una forma de buscar explicaciones a lo absurdo de la existencia. El poeta desea no morir y en esa búsqueda de la “trascendencia”, la propia religión resulta negación de su identidad humana, de su autonomía sólo terrena, de su imprescindible valentía ya que para Otero, en esta obra, el ser humano comienza a devenir hacedor de sí mismo y ello a pesar de sus duras limitaciones:

*“¿Os da miedo, verdad? Sé que es más
/ cómodo
esperar que Otro -¿quién?- cualquiera
/ Otro
os ayude a ser. Soy. Luego, es bastante
ser, si procuro ser quien soy.”*

Nuevas palabras para sí mismo, dolorosas, despiadadas en el contexto de la obra, que revelan el arduo y angustioso esfuerzo del poeta hasta en los escarpados encabalgamientos y en la vehemencia del “Soy” como oración independiente y categórica. Blas acepta ser hombre y pagar un alto y amargo precio por su saber. Así empezará el proyecto humano de Otero, comenzará el “nosotros”, su amor divino-rebeldía se convertirá en protesta social-transformación, dando otras resonancias a su deseo de dirigirse

a la “inmensa mayoría” frente a la “minoría siempre” de Juan Ramón. Lo testimonial aparece en el poeta como una superación de su individualismo existencial:

*“Con la sangre hasta la cintura,
/ algunas veces
con la sangre hasta el borde de la boca,
voy
avanzando
lentamente, con la sangre hasta el
/ borde de los labios
algunas veces,
voy
avanzando sobre este viejo suelo, sobre
la tierra hundida en sangre,
voy
avanzando lentamente, hundiendo los
/ brazos*

*en sangre,
algunas
veces tragando sangre,
voy sobre Europa
como en la proa de un barco
/ desmantelado”*

Este hermanamiento con los semejantes y sus sufrimientos, estas desgracias que ensangrientan España y Europa, le conducirán a tomar una opción político-revolucionaria, evidente en los siguientes versos de *En castellano*:



“Apreté la voz
como una mano
alrededor del mango de un martillo
o de la empuñadura de una hoz.”

Del sosegado anhelo místico de *Cántico Espiritual*, ha llegado en *Ancia* a reconocer la angustia que le producen sus inseguridades, sus contradicciones, sus dudas y a defender la dignidad de la condición humana. La existencia es un enigma desde el que se contempla, con sufrimiento, la nada como ya manifestó Kierkegaard, como de otra manera teorizaría Heidegger. Para suavizar este dolor, el poeta retorna, una y otra vez, a la infancia, a la mujer, al paisaje...

Del Tú o el Aquel divino, Blas llega al yo y pasará al vosotros/nosotros en una itinerancia plácida-desgarrada-esperanzada que va de *Cántico* a sus obras posteriores. *Ancia* es el núcleo-bisagra, la muestra de la intemperie, la inicial aparición de la conciencia individual y colectiva, el registro de la lucha entre el ayer y el mañana de Otero, el cruce épico de caminos en el que la clave existencial concluirá con la muerte del Padre; derrumbados los castillos de naipes, desterrados los ángeles y condenados los marineros albertianos a permanecer varados en tierra.

Según cambian la función y los temas de la poesía de Blas de Otero, también se reordena el vocabulario. Si en *Cántico* el campo semántico propio es el del léxico tradicional del misticismo español, algunos estudiosos destacan, por ejemplo, la frecuencia de la preposición “hacia”, los derivados de alba y aurora o las paradojas y antítesis (“qué dichosa mi alma en el suplicio” o “nos duele y es dulce”) y, a diferencia de lo ya dicho para *Ancia*, se muestran las ansias de vuelo: agitaré mis alas viejas, salto, flecha, blanco, subir, altura, cumbre, etc. En *Ancia*, el vocabulario se centra en conceptos como muerte, soledad, sufrimiento, desesperanza, vacío, angustia, nada, frío, abismo, sima... así, por ejemplo, habla de: “señales de vida con pedazos de muerte”, “esclavos de la muerte”, “gritando no morir”, y dice que es “mortal, mortal”. Estas vivencias se refuerzan mediante el prefijo des- (deshecho, desllagado, desangrado, descarriado, desgajado, desarraigado, desamor, desazón, deses-

peración, desconsuelo), lo que revela que, en estas páginas, el ser humano se suele definir por lo que le falta. Pero quizá los vocablos más destacables se refieran a la inevitable muerte, la constatación de la soledad de las criaturas que están huérfanas, su afán de encontrar a Dios y lograr sus respuestas, de ahí la fuerza de versos o expresiones verbales como: busco y busco, estoy clamando, lucho a voz en grito, gritando a voces... lo que hace más desolador e inaceptable el silencio del Señor, expresado en los diferentes “qué sé yo que”, “qué sé yo dónde” del poeta como indicio de la incomunicación, la incompreensión y el absurdo al que debe enfrentarse. Angustia repetida también ante el muro de los “nunca” y los “jamás” o en el coloquialismo, la aliteración, los adverbios terminados en -mente (arrebataadamente, ardientemente, desesperadamente, airadamente...) o los gerundios (luchando, clamando, retumbando, hablando, arañando, desgarrando, creando...), las invocaciones, las anáforas, los paralelismos (Porque quiero..., Porque deseo..., Porque busco...), el léxico poco habitual (llambria, cantil, anubla, orzado, car, bauprés...), los neologismos, el retorcimiento de frases hechas, la incorporación de expresiones o ecos de otros poetas (Garcilaso, Góngora, Darío, J. Ramón, A. Machado, Hernández, Neruda, Alberti...), los símbolos, las alusiones bíblicas, el dialoguismo..., la ironía de ciertos enunciados, el tono apocalíptico y la dicción áspera que parece hacer estallar el verso. Más adelante, por ejemplo, tanto en *Pido la paz y la palabra*, como *En castellano* y en *Que trata de España* otras voces concentrarán sus claves poéticas: hermano, compañero, amigo, camarada, paz, realidad, verdad, libertad..., pues según abandona tradicionales aprendizajes religiosos y literarios, al ritmo que se libera de opresiones metafísicas y retóricas avanza hacia la autonomía de su lírica, tanto en el fondo como en la forma, y se concentra en la realidad tangible: “Digo vivir, vivir como si nada/.../ Vuelvo a la vida con mi muerte al hombro”; avanza así hacia el popularismo, la construcción de *collages*, la prosa poética ya representada en “Otra historia de niños para hombres” de *Ancia*, el abandono de la puntuación y la incorporación de técnicas surrealistas (manifestaciones oníricas, alógicas, aso-

ciaciones libres...) ya preanunciadas también en "Cap 10 Lib, II" de esta obra.

Otero, en *Ancia*, tanto suplica como cuestiona o desafía a ese Tú tan lejano como mudo. La tensión entre el yo y el Tú, se generaliza en ciertos nosotros y vosotros: "entramos en la Nada", "nos termina", "sed, salid al día", "Con ser hombres os basta"... Este reunirse con los otros e incitarlos a aceptar su destino, manifiesta el deseo de dar por sentado que lo que le sucede al poeta, le acontece a los demás, aunque no lo vivencien con igual fuerza, pero también demuestra la constante de tener presente la realidad humana de la especie, como demuestra *En castellano*:

"Mucho he sufrido.../ hemos sufrido
/ mucho...
España, no te olvides que hemos
/ sufrido juntos."

En este sentido, "La estructura nominal de las obras de Otero es paralela a la evolución temática de estas obras. Comienza con el yo y el Tú en la poesía mística de *Cántico espiritual*, y gradualmente introduce las formas nosotros y vosotros en *Ángel fieramente humano*, *Redoble de conciencia* y *Ancia* a medida que se hace consciente de que todos tienen el mismo destino. Esto desemboca en las colecciones sociales *Pido la paz y la palabra*, *En castellano* y *Que trata de España*, donde la forma nosotros tiene mayor importancia puesto que el poeta busca la unidad con España y los españoles. La casi total falta de pronombres en *Mientras* prepara el camino para un retorno al yo y al tú en la última colección, *Expresión y reunión*, donde el autor trata de temas personales como hizo en las primeras colecciones." (3) A su vez, de la lira, el villancico y el soneto tradicional, poco a poco, pasa al verso libre y los versículos u otras composiciones en las que mezcla versos largos con versos cortos o construye "sonetos heterodoxos", usa la prosa (ya presente en *Ancia* como hemos dicho, que se hace plena en *Historias fingidas y verdaderas*), aunque Blas nunca abandona del todo el soneto clásico.

En el texto que comentamos, Otero es navío a la deriva celeste. El libro comienza con el soneto-dedicatoria "Es a la inmensa mayoría...", luego la obra se divide en cuatro partes muy diferentes. Las primeras recogen la angustia personal y la que cree siente la humanidad; la segunda contiene referencias eróticas, con las que el poeta canta las relaciones con su amada, aunque sin perder la referencia divina; a continuación aparecen poemas breves, sentenciosos y/o sarcásticos a la manera de A. Machado y Unamuno: "Escribo como escupo. Contra el suelo/.../... y contra el hielo". La última parte, es la que inicia la apertura hacia la poesía social posterior. En toda la obra se hacen evidentes los rasgos que definen a Otero: su pasión, su fe (religiosa o no), su necesidad de trascender la individualidad mediante la supervivencia en el más allá o a través del triunfo terreno de la humanidad, la búsqueda ininterrumpida de la paz (más o menos ignaciana) en Dios o con sus hermanos. Por eso, denuncia la injusticia de la muerte, la injusticia de la miseria, de la explotación, de la guerra... El contraste entre las pruebas de caducidad y el deseo de permanencia conduce al poeta a anhelar un equilibrio existencial, pero en *Ancia* no sale del querer y no poder, del obligarse ya a crecer más allá de la fe; el ansia de conciliar opuestos llega a producir en el poeta la angustia del abismo, la desesperación de la soledad total, hasta que al final pueda, acepte decir en *Hojas de Madrid*: "¿Dónde está Blas de Otero? Está muerto, con los ojos abiertos." En *Redoble de conciencia* se hace más evidente el progreso de Blas hacia los otros, a través de los testimonios de los "caprichos" de la guerra y de los sufrimientos que deben soportar las gentes. Del Dios-padre, pasa al Dios-opresor, un poeta que primero se siente criatura confusa y luego profeta, que reclama revelaciones y concluye en predicciones (4). Del drama:

"Esto es ser hombre: horror a manos
/ llenas.
Ser -y no ser- eternos, fugitivos.
¡Ángel con grandes alas de cadenas!"

y el terror:

"Imagina mi horror por un momento
que Dios, el solo vivo, no existiera,
o que, existiendo, sólo consistiera
en tierra, en agua, en fuego, en
/ sombra, en viento."

El poeta concluye proclamando que, ni a Dios debe el ser humano subordinar su libertad, su ser en el mundo; incluso a través de la sexualidad que alumbra el "volver a nacer" o de la conquista de la tierra, su ser debe erigirse por la paz y la justicia en el mundo, ya que el cielo no abre sus puertas y "vivir se ha puesto al rojo vivo"; por eso, Blas afirma:

"Vuelvo a la vida con mi muerte al
/ hombro,
abominando cuanto he escrito:
/ escombros
del hombre aquel que fui cuando
/ callaba.
Ahora vuelvo a mi ser, torno a mi obra
más inmortal: aquella fiesta brava
del vivir y el morir. Lo demás sobra."

(3) HARRIS, M.A.: *La estructura como apoyo temático e ideológico en la poesía de Blas de Otero*. Madrid, Pliegos, 1991, pág. 46.

(4) REYZABAL, M.V.: "Hombre de grandes alas de palabras", en *Zurgai*, Bilbao, julio, 1996.